



temas de hoy

Novela

268 g

32 496 palabras

Ha pasado un minuto y queda una vida

Gabriela Consuegra



GABRIELA CONSUEGRA
HA PASADO UN MINUTO Y QUEDA
UNA VIDA

© Gabriela Consuegra, 2021
Corrección de estilo a cargo de Ana Robla

© Editorial Planeta, S. A., 2021
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-9998-868-9
Depósito legal: B. 7.591-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

IB6674

Le temimos a la muerte durante dos años, pero no llegó. Ni siquiera cuando perdimos la esperanza. Tampoco nos emboscó cuando la recuperamos. No llegó amparándose en la noche ni descubriéndose en pleno día. No llegó cuando llovía ni cuando llorabas. No llegó cuando reías. No llegó cuando la deseaste ni cuando la rehuiste.

No llegó. La muerte se olvidó de nosotros.

Su ausencia nos dejó varados entre la incertidumbre y la miseria, pero también convirtió cada día en un milagro, en un resplandor. Y hemos disfrutado de un tiempo extra maravilloso —a pesar de las penurias—, ahí donde convertimos la enfermedad en vida y la vida en cotidianidad y la cotidianidad, como siempre, en amor.

Usualmente, para mí todo tiene un carácter insustancial que me disgusta; el tiempo me vuelve pesadas las cosas y, al final,

todo parece prescindible. Todo menos tú. Contigo el tiempo nunca ha sido ni será suficiente, papá, y eso lo entendí durante estos dos años: no estoy preparada para dejarte ir. Y no lo estaré nunca.

Vivimos temiendo a la muerte cuando en realidad le tememos a la despedida. Al vacío y las preguntas que genera, a los cabos sueltos. Esta certeza es macabra y más terrible porque las despedidas suelen encontrarnos antes: caminamos de la mano en una cuerda floja y, un día, sin previo aviso, nos quedamos en la mitad de una oración. La conclusión es siempre la misma: no es fácil soltarte, no es fácil seguir adelante, no es fácil sentir tu mirada en mi espalda.

Lo asumí. Estábamos destinados a decir adiós porque la vida es eso: irse despidiendo. Así que cierro los ojos cuando te beso en la frente, cuando te abrazo, como tantas veces; veo tu mirada de niño, que conservas bien, y tus lágrimas, que también son mías. Te aprieto la mano, huelo tu compañía, tu sabiduría, tu rabia, tu tristeza. Y quisiera quedarme a tu lado, quedarme muy quieta, dejar que se nos vaya el tiempo mientras hablamos bajito y que se acabe todo así, en esta quietud, en este susurro.

Pero no puedo.

Soy esa parte de ti que se resiste y que a la vez sabe que debe seguir viviendo.

Ya no puedo continuar bailando sobre tus pies. Así comienza esta soledad: con tu voz diciendo que el taxi ha llegado muy rápido y con tu intento fallido de no llorar. Qué difícil es soltar la única mano que no quisieras soltar nunca. Por eso tomo una maleta grande, un abrigo y salgo de casa. Avanzo y me muevo y me desplazo y dejo atrás todo lo que fuera nuestro. Subo a ese carro extraño que me espera e inicio mi camino al aeropuerto.

Es la primera vez que hago este recorrido sin ti.

Veo todas las calles que conocí tan bien y ya no significan nada, veo el quiosco donde venden el periódico que no te volveré a comprar y el local de las tortas de chocolate que tanto nos gustan, la frutería a la que íbamos por agua de coco, la óptica en la que arreglabas tus gafas, la esquina en la que nos encontrábamos para regresar juntos a casa. Es mediodía y hay niños en la salida de la que fue mi escuela. Te recuerdo en la puerta, esperándome, listo para cargar mi bolso mientras yo te contaba mi día y corría en círculos a tu alrededor como orbitan los planetas o las lunas. Veo mi casa de la infancia, el país en el que crecí y del que ya no formo parte, la patria que perderé con tus abrazos.

La autopista me engulle y esta vida ahora parece un sueño: los parques, las plazas, mis amigos y los cumpleaños, mi primer beso, las cervezas frente al mar, el día que entré a la universidad... todo lo que viví, lo que he amado, todo lo que no cabe en el equipaje. Mi memoria se desespera y los recuerdos se apilan. El trayecto termina antes de que pueda asimilar esta fragmentación. Cuando llego, siento que ya no queda nada.

Espero en la fila para hacer el *check-in* y vuelvo a mi niñez, cuando la cima del mundo eran tus hombros, cuando la felicidad era una cosa sencilla. Sentí miedo pocas veces, jamás pensé en la muerte ni en la tristeza y menos en las despedidas.

El proceso fluye con rapidez: entrego mi documentación y en dos minutos tengo un pasaje en la mano diferente a cualquiera que haya sostenido.

Me dirijo a la zona de embarque, ese punto de no retorno donde algo se quiebra. Sé que una vez que atraviere esta

puerta, mi papá se quedará del otro lado. Cuando lo hago, ese mundo que he construido durante años se desploma casi con indiferencia. Solo ida: una promesa explícita de que al otro lado del océano tengo que empezar de nuevo.

En la aduana, un funcionario me detiene.

—¿Tienes algo que declarar? ¿Qué llevas en la maleta?

—Estoy vacía.

El hombre se queda en silencio y me observa por un minuto, luego se aparta de mi camino. En adelante voy a llorar con ahínco. Quiero que todo se diluya.

Ya en el avión, el llanto cesa. Permanezco inmóvil, mirando por la ventanilla en espera del despegue. Venezuela me regala un último atardecer y lo recibo como quien acepta unas disculpas. Recuerdo entonces una de las últimas conversaciones que tuve con mi papá: «No quiero que te vayas, pero sé que es lo correcto. Tienes una vida maravillosa por delante, y te está esperando afuera de este país. No me hagas morir con la sensación de que te dejé aquí atrapada. Si tú te vas y yo me muero, lo haré con una sonrisa, hija. Cuando los demás me vean se van a preguntar: “¿Este de qué se reía?”. Y yo voy a saber que me reí porque te escapaste, porque fuiste libre».

Siento una presión en el pecho que baja de golpe al estómago. Respiro profundo. Y el avión despega.

|

Caracas, 11 de junio de 2011

—Vamos a comenzar, Álvaro: ¿con qué pecado capital te identificas?

—Con ninguno.

—Ok. Entonces ¿cuál es tu defecto?

—Soy muy echón.

—¿Una persona a la que admires...?

—Eeeh..., yo.

—¿Por qué?

—Porque me gusta cómo soy y cumplo las expectativas de lo que tiene que ser una persona.

—¿Y qué es para ti lo que tiene que ser una persona?

—Una persona correcta, frentera, que no se amilane, que siempre vaya para adelante, que maneje con espejos retrovisores, que no haga daño, que conquiste sus metas con tesón.

—¿Te han dicho que eres muy sentimental?

—Sí.

—A ver, ¿a qué persona no quitarías nunca de tu vida? Si tuvieras que elegir a una sola y borrar al resto.

—A mi papá.

—¿Por qué? ¿Qué te enseñó?

—Y me estoy acordando también de a quién admiro: a Mafalda.

—¿A Mafalda? ¿Por qué?

—Por el espíritu crítico que tiene y por el peso de todas sus observaciones.

—Ok, y ¿por qué a tu papá?

—Porque... tanto tiempo después de no tenerlo, lo sigo apreciando y sigo sin encontrarle grandes defectos.

—Bien, cuéntame un momento de impacto en tu vida.

—Un momento de impacto: una vez que me golpearon con un bate en la cabeza.

—¿En serio?

—Sí, en una fiesta de quince años.

—¿Y por qué?

—¡No sé! ¡Yo me acerqué a ver qué pasaba y me pegaron!

—¿Y qué aprendiste?

—A no ser tan curioso. Pero, de verdad, un momento de impacto: el grado de mi hija mayor. Y estoy seguro de que el de mi hija menor también lo será.

—Jajaja, esperemos que vivas para ver eso.

ÁNGULO DE TIRO

Esa mañana, yo todavía ignoro que la tristeza, gran cazadora, me tiene a tiro. Todo parece ir bien. Mis pensamientos flotan en la superficie del mar que llevo dentro, despreocupados. Afuera hace frío y el otoño ha comenzado a transformar los árboles. Los veo desde la ventana, sin prestarles demasiada atención, mientras combaten con los vientos de 100 km/h que deja la primera borrasca de la temporada y se forman en la calle pequeños remolinos de hojas secas. Me caliento las manos con una taza de té, veo una comedia romántica en la tele y me siento como una persona completamente normal. Caigo en la trampa.

De repente me vengo arriba porque todo parece ir tan bien que se me antoja buena idea hacer un viaje sencillo, el último del año. Pienso en un bosque, en paseos helados que me despierten todo el cuerpo por las mañanas y en una cabaña caliente a la que volver para comer, descorchar un mención y leer. Pienso en la posibilidad de estar sola con mis aficiones y me gusta.

Hago una búsqueda rápida con el móvil y encuentro un hospedaje a cuarenta minutos de casa. Recién reformada, acabados de madera, la cabaña se alza en mitad de un bosque caducifolio, rodeada por carballos, castaños, nogales y sobreirras. Cama de hotel, grande y cubierta de almohadas hasta la mitad, ventanales amplios en los que golpeará la lluvia, al fondo despunta el mar. Tele y chimenea, desayuno incluido, frutas, bombones y vinos por petición. El precio es asequible y me lo puedo permitir porque con el regreso al trabajo han vuelto los depósitos a fin de mes. Además, cuento con un ingreso extra que, según mis cálculos, ya debí de recibir.

Antes de reservar, decido revisar mi cuenta corriente para confirmar que ya lo tengo, pero aún no se ha hecho efectivo. Envío un mensaje al pagador y continúo viendo esa película que podría ser cualquier otra. Mientras espero su respuesta, se enciende esa preocupación discreta pero constante que desde siempre me despiertan todas las actividades administrativas.

Su mensaje llega casi de inmediato, sin dejarme tiempo para la autocomplacencia: «¿Enviaste la factura?», y mi reacción es una risa estridente y un calor que me recorre todo el cuerpo porque mi impostura de persona adulta se viene abajo. Me disculpo y me apuro para atajar la situación de la única manera que sé: con honestidad. Explico que me olvidé completamente de enviarla y que a eso se suma el hecho de que nunca hice una. «Perdón, pero es la primera vez que hago una factura en mi vida», resumo.

Solo entonces me doy cuenta de que la tristeza me apunta.

Me responden con una plantilla y un «No te preocupes por nada». Mientras la reviso y completo mis datos, vuelvo al estudio de mi padre. Lo escucho diciéndome: «Lo único más

importante que hacer bien el trabajo es hacer bien la factura», una frase a la que yo nunca le presté ninguna atención. Me llama: «Ven, aprende, que no te voy a durar toda la vida», y parece tan improbable que yo decido marcharme. «No, me aburre», le digo, me río y me voy.

Incluso cuando enfermó y yo me encargaba de todo, las facturas siempre fueron su departamento. Me mantenía al margen porque aún no entendía que la pérdida también era eso. Al principio, la muerte es ansiedad, imaginarse lo peor constantemente. No alcanzas a entender, más allá del marco teórico, su significado. Al principio, todo es dolor y miedo. Pero más tarde se asienta, se empoza, y cuando la tristeza está en reposo, la ausencia comienza a tomar forma en los detalles prácticos de la vida. Con el tiempo, la muerte de tu padre se convierte en tener que hacer tus propias facturas.

Se desploma sobre mí una avalancha de practicidad: limpiar la memoria del ordenador, actualizar los programas y el antivirus, apagar las luces de la casa antes de dormir, renovar la suscripción de los periódicos, poner el despertador, cambiar la hoja del calendario a fin de mes. Todas las cosas invisibles, las primeras veces inesperadas que cortan como el filo de un papel.